

Problemática medioambiental en la región central asturiana en la primera mitad del siglo XX: su percepción en las topografías médicas

Luisa UTANDA MORENO * y Francisco FEO PARRONDO **

* Universidad Complutense de Madrid

** Universidad Autónoma de Madrid

1. LA AÑORANZA DE UN MEDIO AMBIENTE MÁS PURO Y SALUDABLE

«Desde aquella altura se descubría gran parte del valle de Laviana, que baña el Nalón con sus ondas cristalinas. Por todas partes lo circundaban cerros de mediana altura como aquel en que se hallaban, vestidos de castañares y bosques de robles, tupidos unos, otros dejando ver entre sus frondas la mancha verde, como una esmeralda, de algún prado... El Nalón se desliza sereno unas veces, otras precipitado, formando espumosa cascada; pero en todas partes tan puro y cristalino que se cuentan las guijas de su fondo» (Palacio Valdés, p. 57).

Esta descripción va acompañada, en páginas posteriores, de una preocupación por la desaparición de este paisaje que el novelista conoció en su infancia (nació en el concejo de Laviana en 1853) como consecuencia del rápido incremento de la explotación carbonífera. El título de la novela (*La aldea perdida*), publicada en 1903, refleja el sentimiento que parecía generalizado en aquel período en la sociedad de la región central asturiana, con una división entre los partidarios de mantener una economía rural como la de sus antepasados y los defensores de una modernización, del progreso que suponían las minas de carbón, industrias y ferrocarriles. Los primeros alegaban que los

cambios traían algunos beneficios como ingresos mayores por la venta de fincas o el trabajo en la mina, pero también problemas sociales (inmigración, cambios de usos y costumbres, aumento del alcoholismo y de la delincuencia) y medioambientales. Un personaje de esta novela, el capitán don Félix, refleja perfectamente a este grupo: «Hasta ahora hemos vivido a gusto en este valle sin minas, sin humo de chimeneas ni estruendo de maquinaria. La vega nos ha dado maíz suficiente para comer borona todo el año, judías bien sabrosas, patatas, legumbres... ¿Para qué buscar debajo de la tierra lo que encima de ella nos concede la Providencia: alimento, vestido, aire puro, luz y leña para cocer nuestro pote y calentarnos en los días rigurosos del invierno?» (Palacio Valdés, p. 114). El rechazo a la minería tenía también una razón ambientalista: habría más trabajo pero en condiciones peores (bajo tierra) y la contaminación aumentaba vertiginosamente: «El valle de Laviana se transformaba. Bocas de minas que fluían la codiciada hulla manchando de negro los prados vecinos; alambres, terraplenes, vagonetas, lavaderos; el río corriendo agua sucia, los castañares talados; fraguas que vomitaban mucho humo espeso esperando que pronto las sustituirían grandes fábricas, que vomitarían humo más espeso todavía» (Palacio Valdeés, p. 276).

Estos problemas medioambientales, apuntados a principios de siglo, serán el eje del presente estudio que se centrará en las zonas urbanas e industriales del Principado y especialmente en los concejos de Oviedo, Gijón, Langreo, Laviana y Mieres en la primera mitad del siglo xx. Todos ellos cuentan, en este período, con topografías médicas que son las fuentes principales utilizadas para este trabajo. No vamos a hacer hincapié aquí en su interés para el estudio del medio ambiente porque su importancia ha sido señalada suficientemente (Urteaga, 1980).

También las topografías mencionadas, sin rechazar frontalmente los avances de la actividad minera e industrial, añoran la sociedad, los modos de vida y el paisaje que están desapareciendo. Esta añoranza queda bien patente en el siguiente texto sobre el entorno de la ciudad de Oviedo: «Aquellos frondosos bosques y aquellas aterciopeladas praderas que en los tiempos de nuestra infancia cubrían el suelo de todo este concejo, sosteniendo con holgura la sobria vida de nuestros antepasados, que con independencia gozaban sólo con la paz del hogar y los placeres de la caza, fueron poco a poco desapareciendo, para entregarlos a esos trogloditas de ferrocarriles y cotos mineros, que en forma de traviesa o de entiba nos tragan lo secular» (González Valdés, 1911, p. 65). Este autor va, sin embargo, más allá de la simple añoranza a la hora de evaluar la creciente deforestación del municipio ovetense: «La tala de los bosques traerá consigo la modificación del clima y del suelo, si a ello no se pone coto, pues faltando la constante humedad de la atmósfera, faltará la regulación de las lluvias que los árboles tamizaban y repartían con suavidad por la tierra, evitando las grandes riadas que, arrastrando lo que a su paso encuentran, dejan en pos de sí miseria y espanto, llevando pavor a

las riberas en países como éste, en donde la pendiente domina al llano» (González Valdés, 1911, p. 65). La fe en la naturaleza queda patente cuando este autor afirma que «la policía sanitaria de esta parte rural de nuestro concejo no se conoce, pero la suple la naturaleza» (González Valdés, 1911, p. 96).

2. PROBLEMAS AMBIENTALES EN LAS CIUDADES

La información facilitada por las topografías médicas va mucho más allá de la añoranza de unos espacios poco modificados por la acción humana y nos permite conocer la problemática ambiental que tiene que ver con la industrialización, explotación de minas de carbón y crecimiento del tamaño de los núcleos. Temas como la limpieza de casas y calles, alcantarillado, abastecimiento de agua y alimentos, cementerios, parques urbanos y política sanitaria son tratados frecuentemente desde una óptica social, pero también desde un punto de vista medioambientalista como vemos a continuación en cada uno de los principales núcleos urbanos.

Oviedo (1911)

En la capital del Principado los problemas ambientales no eran muy importantes pese a que el crecimiento urbano requería mayores recursos que los que disponía el ayuntamiento, lo que se traducía en que sólo se realizaba el riego y barrido diario de las calles por métodos tradicionales y las cuadrillas de barrenderos solamente recorrían las calles de más movimiento comercial. La pendiente de muchas calles contribuía a conducir las aguas a ríos y arroyos evitando el estancamiento al tiempo que «las alcantarillas, que hasta ha muy poco se extendían sin orden ni concierto por medio de canales cerrados de mampostería sin revestimiento interior, van hoy siendo con gran rapidez sustituidas por un sistema de tubos de hormigón hidráulico de cemento portland, de forma oval y de bastante diámetro, para recoger todas las aguas, así sucias como pluviales, y conducir las fuera de la población» (González Valdés, 1911, p. 97). Asimismo avolucionaba muy rápidamente el pavimentado de las calles en las que el empedrado con cantos rodados estaba siendo reemplazado por el embaldosado de granito y en las vías principales por asfaltado y hormigón hidráulico que facilitaba la impermeabilidad y fácil limpieza de las calles.

La higiene doméstica también estaba mejorando tanto por las reformas en las viviendas antiguas como por la mejor habitabilidad de las viviendas nuevas (más de la mitad) que ya disponían frecuentemente de más ventilación, baños, inodoros, etc. Peores condiciones reunían iglesias y escuelas, que eran antiguas y sin apenas huecos en sus muros.

La existencia de un parque como el Campo de San Francisco, la abundancia y superior calidad de las aguas, las buenas condiciones higiénicas de las plazas de abasto, los buenos servicios sanitarios y la ventilación general de la ciudad convertían a Oviedo en un núcleo saludable, aunque las enfermedades infecciosas seguían siendo importantes por la escasa ventilación de algunas casas, escuelas y talleres, abandono de la higiene pública y privada, acumulación de basuras en los portales, etc.

Gijón (1918)

En décadas anteriores, Gijón había tenido una expansión industrial y comercial muy importante que se traduce en un crecimiento significativo de la población y del número de viviendas. Éstas pasaron de 2.467 en 1887 a unas 3.400 en 1918. La mayor parte de las casas contaban con agua y luz en cada piso. Las construcciones predominantes eran de dos o tres alturas pero la presión demográfica incitaba a elevar la altura de los edificios, lo que unido a la estrechez de las calles, frenaba la ventilación, situación que se agudizaba con la elevación progresiva de los edificios. Estos problemas desaparecían en algunas localidades muy próximas a Gijón como Somió, Cabueñes, Deva, Roces, Contrueces, Tremañes, etc., en las que abundaban magníficas fincas de recreo de las clases acomodadas. Por el contrario, en las aldeas, la vivienda dejaba mucho que desear: mal distribuidas, con las cuadras y montones de estiércol muy próximos, calles sin empedrar, etc.

Si en Oviedo no había déficit de viviendas, en Gijón era elevada la demanda de viviendas de precio bajo. Este déficit se traducía en una densidad muy alta por vivienda, en la ocupación de patios interiores con nuevas habitaciones y retretes comunes, sobre todo en el casco histórico.

Mientras en la capital apenas había problemas ambientales de difícil solución, en Gijón abundaban, empezando por la escasa limpieza de los mercados de abasto, especialmente en los puestos dedicados a la venta de carnes, despojos y pescado. Felipe Portolá, autor de esta topografía, no duda en proponer el cierre de algunos establecimientos y en pedir que las autoridades municipales revisen constantemente y penalicen enérgicamente a los vendedores que no cumplan las reglas de higiene necesarias (Pórtola, 1918, pp. 203-205).

La traída de agua desde Llantones, en 1887-1890, contribuyó decisivamente al crecimiento urbano e industrial de Gijón. Las obras habían costado 750.000 pesetas pero, en 1918, el abastecimiento era ya insuficiente para las necesidades de la población y carecía de las condiciones de potabilidad adecuadas (Pórtola, 1918, p. 134), problema que se repetía en el agua de diversas fuentes públicas repartidas por el casco urbano: calles Corrida, Capua, etc.

Esta importante deficiencia iba acompañada de otra fundamental: el alcantarillado no estaba al nivel deseable para una buena higiene pública, pese a las obras de mejora llevadas a cabo a comienzos de siglo con la creación de grandes colectores en la calle Capua, Humedal y paseo de Liquerique. Para Portolá, se imponía una reforma radical, dada la importancia y crecimiento de la villa: las acometidas del alcantarillado estaban defectuosamente construidas, con ladrillo y sin cubrir de cemento y a poca profundidad. Este sistema forzaba a realizar muchos gastos en reparaciones puntuales y a un gran consumo de agua que arrastrase todo tipo de inmundicias. La poca pendiente de los colectores, la influencia negativa de la marea baja (especialmente en el colector de Liquerique) y la necesidad de verter las aguas sucias en alta mar encarecían notablemente cualquier proyecto de mejora del sistema de alcantarillado y eso aún, sin pensar en depurar las aguas.

Estos graves problemas se completaban con el de la pavimentación de las calles ya que, salvo unas cuantas céntricas, «las demás son inmundos e intran-sitables barriales cuando llueve, e inmensos depósitos de polvo en tiempo seco» (Pórtola, 1918, p. 153).

La solución a los problemas de abastecimiento de agua, mejora del alcantarillado y pavimentación de las calles debía ser urgentemente llevada a cabo por el ayuntamiento gijonés que, además, debía concienciar a la población sobre la importancia que tenía la higiene personal y colectiva, empezando por la educación higienista en las escuelas.

Aunque se consideraba un problema de menor importancia, tampoco la ubicación del cementerio de Ceares era la más adecuada desde el punto de vista de la higiene y salubridad pública. Estaba construido en terreno arcilloso y frecuentemente encharcado.

Langreo (1918 y 1925)

En 1918, el ingeniero F. Casariego elabora un informe técnico para el ayuntamiento langreano en el que estudia posibles medidas que garanticen el abastecimiento de agua a la localidad (proponiendo finalmente el manantial de Reigoso), tarea difícil por el crecimiento demográfico, por el elevado consumo (220 litros por habitante y día entre consumo privado, industrial y de servicios públicos) y por la contaminación de buena parte de las aguas disponibles: «la dotación de aguas, que llega solamente a contadas fuentes públicas, es sumamente reducida, y muy dudosas sus condiciones de pureza... Esta insuficiencia de aguas no puede ser remediada tampoco tomando de la caudalosa corriente del Nalón, o de alguno de los arroyos que a él descienden en aquella región, las necesarias para ciertos usos públicos o domésticos, porque es tal la cantidad de detritus carbonosos que dichas aguas tienen en suspensión, que su aprovechamiento para aquellos fines se hace

prácticamente imposible. La falta de agua en las casas tiene, pues, forzosamente que hacer deficiente la limpieza de las mismas e imposibilita el higiénico establecimiento de retretes inodoros con depósito de descarga periódica y a voluntad» (Casariego, 1918, p. 16). Finalmente, el autor se inclina por considerar la solución más adecuada el traslado de agua desde el manantial de Reigoso (Laviana) a pesar del elevado costo, señalando que dada la importancia del tema había que solucionarlo rápidamente en Langreo y en otras ciudades de Asturias, ya que, si bien en Oviedo un 70 por 100 de las viviendas disponía de agua, solamente la cuarta parte de las de Gijón tenían este bien básico.

El sistema de alcantarillado no era mucho mejor, ya que «no obedece a un plan armónico preconcebido, es deficiente e incompleto, sus ramales responden a variada construcción, su sección y pendiente es a menudo inadecuada e insuficiente, no existiendo registros ni medios de limpieza y de ventilación. Forzosamente han de producirse, pues especialmente en ausencia de lluvias, detenciones de las aguas negras y con ellas emanaciones insalubres y desagradables, que se perciben en las calles y en las viviendas. El contenido, en fin, de estos productos es vertido al río o en los arroyos directamente, y dentro del mismo recinto habitado, siendo esto un peligro constante para la salud pública» (Casariego, 1918, p. 16).

Asimismo, Casariego apunta como problema medioambiental grave de Langreo su situación topográfica desfavorable que dificultaba que el viento renovase el aire fuertemente contaminado por la actividad industrial. Este problema se centraba fundamentalmente en La Felguera, según Jove Canella (1925), quien señala, en su topografía médica de Langreo, la misma problemática anteriormente apuntada por Casariego a la que añade la contaminación fluvial, que estaba acabando con las truchas y anguilas, y llega a valorar la situación como catastrófica de no ser por la abundante vegetación del entorno que paliaba la contaminación industrial.

Laviana (1927)

Los problemas medioambientales de Laviana eran menores porque su explotación minera es posterior a la de Langreo y porque Pola, la capital del concejo, aún está en período de formación como ciudad. El crecimiento demográfico se había centrado en la capital municipal, en Barredo, que se había convertido en un barrio de la villa con predominio de edificaciones modernas, y en Carrio que por la cercanía de las explotaciones de hulla, se había transformado de un humilde pueblo de pescadores de truchas a un potente núcleo de mineros.

Las viviendas antiguas eran pequeñas, mal distribuidas y con defectos de iluminación y ventilación. Las modernas habían mejorado pero «no pueden merecer el dictado de higiénicas, por dos señalados defectos, la falta de agua,

y como corolario obligado, la carencia de desagüe que regule el alejamiento de inmundicias» (Jove Canella, 1927, p. 74). Peor era la situación de las viviendas rurales, sin más salida de humos que puertas y ventanas, careciendo la mayoría de retretes, aspecto que preocupaba poco a la población acostumbrada a la proximidad de establos y estiércol. La peor condición de estas viviendas es la escasez de ventilación e iluminación en la que la mentalidad de los lugareños era decisiva: «el horror a los elementos naturales, aire y sol especialmente, priva a los sanos de la acción bienhechora de los mismos, ahuyentándolos de cuanto de saludable tiene el ambiente. En los enfermos ese horror llega al colmo, y así la salud ha de restablecerse a puertas cerradas, en ámbitos donde reinan la obscuridad y el aire enrarecido, lo que influye poderosamente, como es natural, en el desarrollo de las enfermedades» (Jove Canella, 1927, p. 134).

La pavimentación era de cantos rodados en las calles secundarias y de grava en las principales de Pola de Laviana. Ambas se convertían en época de lluvias en auténticos barrizales. No era mucho mejor la evacuación de inmundicias que, en un reducido número de casas se hacía en pozos negros mal contruidos y poco cuidados y en la mayoría se vertían directamente al arroyo que atravesaba la localidad.

El abastecimiento de aguas se realizaba de las numerosas fuentes que afloraban en el concejo aunque la ausencia de las labores adecuadas de captación y conducción las expone constantemente a ser contaminadas. Recientemente se había llegado a un acuerdo con los municipios de Langreo y San Martín para realizar conjuntamente una gran traida de aguas desde el manantial de Reigoso que ofrecía aguas puras y abundantes. Las de los ríos Nalón, Condado y Tolivia tenían una significativa contaminación bacteriológica, especialmente las del primero, en cuyo valle se habían abierto numerosos pozos cuyo agua no era potable y se utilizaba con fines industriales y para riego. Asimismo, en el concejo de Laviana existían dos fuentes de aguas medicinales de pequeño caudal en Acebal y Güeria de Abajo que no tenían una explotación económica pese a sus virtudes curativas en enfermedades de la piel y del estómago.

Junto a la problemática anteriormente mencionada, Jove Canella constata la importancia que en el concejo habían adquirido las enfermedades profesionales de los mineros de hulla como bronquitis crónica, enfisema pulmonar, etc., que eran debidas al duro trabajo bajo tierra, la falta de aire puro y la inhalación constante de polvo, aspectos ya apuntados, como hemos visto anteriormente en algunos textos de *La aldea perdida*, por los vecinos contrarios a las minas.

Mieres (1944)

De años posteriores es la topografía médica de Mieres en la que se repiten algunos de los problemas medioambientales de toda la zona central astu-

riana. Las aguas eran malas y escasas, especialmente en verano. Esta carencia no es privativa de los núcleos urbanos, sino que afecta a todo el concejo, «cuyas aguas van desapareciendo lentamente desde hace años, debido a las explotaciones mineras, que, al cortar los terrenos en su profundidad, absorben las aguas en su paso hacia la superficie, para ir a sumirlas en las múltiples galerías que cortan toda la estratificación en los más variados sentidos» (Murga y Serret, 1944, pp. 13-14).

También era importante la contaminación atmosférica: «el aire es impuro con exageración en los núcleos, como consecuencia de las mil chimeneas de fábricas, y de modo especial en la porción urbana por excelencia, La Felguera, que constantemente se ve bañada en un ambiente infiltrado de multitud de gases producto de su actividad industrial» (Murga y Serret, 1944, p. 20). La contaminación era soportable gracias a la abundante vegetación y a las numerosas precipitaciones que depuraban el ambiente. No obstante, una quinta parte de los fallecimientos se debía a problemas del aparato respiratorio que Murga y Serret atribuye a las condiciones de trabajo en las minas, que propiciaban la aparición de numerosas enfermedades como anemias, reumatismo, bronquitis crónica y enfisemas, neumonoconiosis antracótica. Los mineros pedían que éstas fuesen reconocidas como enfermedades profesionales, por las que deberían ser indemnizados por los patronos.

3. CONTAMINACIÓN FLUVIAL

Los problemas de contaminación alcanzaban su máximo apogeo en determinadas zonas de los principales cursos fluviales, porque a ellos vertían los alcantarillados y por los vertidos de residuos de las minas. En 1930, el marqués de Marzales publica un interesante estudio sobre los ríos salmoneiros asturianos en los que analiza su contaminación. Las principales minas asturianas de carbón se localizaban en las proximidades de los ríos Nalón, Aller, Caudal y Turón y, por lo general «lavan sus carbones en aguas tomadas de los ríos cercanos, que elevan por medio de bombas; algunas sólo emplean en estos lavados las aguas alumbradas dentro de la propia mina, y sólo muy pocas usan, indistintamente, aguas alumbradas y aguas extraídas del río» (Marqués de Marzales, 1945, p. 84). Se necesitaba una media de entre cinco y diez toneladas de agua por cada tonelada de carbón.

Esta contaminación tenía repercusiones importantes no sólo en el abastecimiento a los núcleos de población, sino también en las actividades tradicionales de pesca: «Entre todos los ríos asturianos, hay uno que merece especial y urgentísima atención a este respecto. Este río es el Nalón. Cuando unas aguas llegan al estado en que se encuentran las de este caudaloso río, el momento de proceder al remedio no es indiferente ni admite demoras. Su estado de contaminación y de impureza es absoluta, y el remedio, para ser

posible, ha de ser inminente, si no se quiere inutilizarlo para siempre. Hoy se está todavía a tiempo de salvarlo; mañana será ya tarde. Aún instaurando y poniendo en práctica con toda rapidez los procedimientos indispensables para su purificación, es de todo punto imposible predecir el tiempo que puede tardarse en lograrla. Sería lastimoso que por abulia, por indiferencia, por un espíritu de economía mal entendida, se rehusara hoy hacer el esfuerzo salvador, sin el cual se comprometerá y se destruirá, con toda certeza, la producción salmonera y la riqueza piscícola del porvenir en el río más caudaloso, más importante y más conocido de los que riegan, fecundan y hermosean el Principado de Asturias» (Marqués de Marzales, 1945, p. 92). Ya ha quedado constatada la incidencia de la contaminación de los ríos en las capturas de salmón (Utanda Moreno, 1990-1991), pues entre esta contaminación y la creación de obstáculos artificiales (presas, saltos de agua), en 1926, en el Nalón sólo se habían capturado 217 piezas cuando en condiciones normales podrían obtenerse hasta veinte mil, según el marqués de Marzales.

BIBLIOGRAFÍA

- CASARIEGO, F. (1918): *Saneamiento de Langreo*, Madrid, Blass.
- GONZÁLEZ VALDÉS, F. (1911): *Topografía médica del concejo de Oviedo*, Madrid, Tello.
- JOVE CANELLA, J. M. (1925): *Topografía médica del Concejo de Langreo*, Madrid, Cosano.
- (1927): *Topografía médica de Laviana*, Madrid, Cosano.
- MARQUÉS DE MARZALES (1945): «Ríos salmoneros de Asturias», en *El salmón y su pesca en España*, Madrid, Dirección General de Turismo, pp. 19-125 (la versión original data de 1930).
- MURGA Y SERRET, J. (1944): *Geografía y topografía médica de Mieres*, Madrid, Cosano.
- PALACIO VALDÉS, A. (1991): *La aldea perdida*, Madrid, Espasa-Calpe (publicada por primera vez en 1903).
- PÓRTOLA, F. (1918): *Topografía médica del concejo de Gijón*, Madrid, El Liberal.
- URTEAGA, L. (1980): «Miseria, miasmas y microbios. Las topografías médicas y el estudio del medio ambiente en el siglo XIX», *Geocrítica*, núm. 29.
- UTANDA MORENO, L. (1990-1991): «Pesca y ecología: la política salmonera en España (1850-1930)», *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, pp. 189-219.